

Solo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya,
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente Don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille;
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que pues madrugan
Largas horas no vigilen.
Ni pasos pues, ni rumores
De vivientes se perciben;
Oyese solo del aire
El són prolongado y triste,
Y el ladrido de los perros
Que ecos lejanos repiten.
Suena á lo lejos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas, del viento
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silvan, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba abajo Don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias,
Y al compás de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe

De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten
En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse,
Y en la oscuridad confusa
Haciendo vista de lince,
Un vago contorno blanco
Tras de los hierros percibe.

D. Juan. Hermana, ¡gracias á Dios!
Mas de un hora me tuvisteis
De planton, ¡Dios os lo premie!
La Monja. ¿Tardé mucho?
D. Juan. (Vaya un chiste.)
No hay para que hablar ya de ello
Puesto que al cabo vinisteis.
La Monja. ¿Sabe lo que digo, hermano?
D. Juan. No, hermana, si no lo dice.
La Monja. Dirélo: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevedo, que tienen
A fé mia mucho chiste,
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche...!

D. Juan. ¿En qué, mi Filis?
La Monja. En que hay un mozo en la calle
Que sois vos, y viene á oírle
Una muger, que soy yo, y...
Pero antes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo
Sino Margarita.
D. Juan. ¡Miren
Qué nombre tiene tan lindo
La hermana!

La Monja. ¿Os gusta?
D. Juan. Indecible
Gozo me da vuestro nombre
Y admiro que signifiqué
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.
La Monja. ¿Gasta lisonjas, hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿Y Filis qué significa?
Que há poco me lo dijisteis.
D. Juan. Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cutis mas blanco
Que las plumas de los cisnes,
Con un cuerpo mas esbelto
Que una palma, y mas flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raices,
Y con dos manos mas bellas
Que el nácar y los jazmines.

La Monja. ¿Y donde está esa muchacha?
D. Juan. Es una nifia invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.

La Monja. ¿Y qué tengo yo que ver
Con Filis?

D. Juan. ¿Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?

Margarita. Si por cierto.

D. Juan. Y la visible

Apariencia del cristal
¿Qué os mostró?

Margarita. No es muy difícil
De decir, era otra yo,
Otra monja.

D. Juan. ¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella,
Aunque estaba un poco triste?

Margarita. ¡Calla! es verdad que lo
estaba.

D. Juan. ¡Y sin los frescos matices
De un rostro tan jóven!

Margarita. ¡Vaya!

D. Juan. Y ojérosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales,
Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?

Margarita. Hermano, ¡Jesus mil veces!
¡Jesus, qué cosas me dice
Tan peligrosas! Empezé
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.

D. Juan. (¡Pobrecilla!)
Pues bien, Margarita, oidme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios
Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera:
Ven, es forzoso seguirme,

Yo solo puedo salvarte,
¡Yo te amo! ¿osarais seguirle?

Margarita. ¡Dios mio!

D. Juan. Si ese os dijera:

Yo sé un lugar infalible
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afares se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices;
Y tú ¡Margarita mia!
¡Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos...
¡Oh alma mia! presto sigueme,
Ven, huyamos, amor mio,
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué diriais?

Margarita. ¡Ay hermano,
No sé qué me da!... decidme,
¿Todo eso es cierto?

D. Juan. Muy cierto;

Pero secreto imposible
De revelar, porque todos
Quieren que todos peligrén
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que, hermana, por terrible
Que sea la tentacion
De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligré!

Margarita. ¡Ay Virgen santa!

D. Juan. Y la avisc

Que si á mi razon se rinde
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime.

Margarita. ¡Ay si, si!

D. Juan. ¿Consiente en ello?

Margarita. Sí por cierto.

D. Juan. ¿Y será firme

En resolucion tamaña?
Margarita. Que si seré ¡Dios me libre
¡Morir asi en las manos
Sangrientas de esos caribes
Que decís!

D. Juan. Pensadlo á solas
Y entraos, no nos atisben
Y nos fustren el intento.
A Dios, hermana.

Margarita. El os guie

Y os acompañe.

D. Juan. ¡Ea á Dios!
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy difícil.

Margarita. A Dios.

D. Juan. A Dios.

Y á la reja

Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve;
Acostóse, y rebuñándose
La ropa hasta las narices,
Apagó la luz, diciendo :
« Pues señor, bien : muchas hice,
Mas ¡vive Dios que esta última
Será tal que me acredite! »

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras
Y aun virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros,
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez,
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,
Cuando en el mundo vivia,
Solo del mundo veia
La calle tras un cancel :
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se estendia tras él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festín;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo,
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De amor y de vanidad.

¡Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraiso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusion,
Y un sér que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no da asilo
En él á la vanidad!
La vanidad, luz fo-fórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oídos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿porqué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,
No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que Don Juan la profetiza;

Es que el placer diviniza,
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Elegió para su juez,
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los dias de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvía,
Y entre sueños la veía
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al són de los instrumentos,
Sentía los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Vía la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreír y platicar.

¡Oh! que seis años monotonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

« Aquí está Dios; » la dijeron,
Y ella dijo : « Yo le adoro. »
« Aquí está el torno y el coro. »
Y pensó : « ¡No hay mas allá! »
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á los lejos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor!...

¡Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se dispertó su afán.
Su corazón revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
A recordar á Don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas,
Ya en inocente pavor,
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía
Así pensaba y decía
Margarita en su interior :

« ¿ Con que hay fiestas y banquetes,
« Y nocturnos galanteos,
« Y deliciosos paseos
« De esta pared mas allá?
« ¿ Con que esta toca de lana
« Cambiada en perlas y flores
« Hará mis gracias mayores,
« Y mas hermosa me hará?

« ¿ Con que aquellas relaciones
« De encantos que yo leía
« Y que apenas comprendia
« Ni comprendo ciertas son?
« ¿ De aquellas magas fantásticas,
« De aquellos bravos guerreros
« Y gentiles caballeros
« La historia no es ilusion?

« Y se encuentran y combaten
« Por bizarras hermosuras
« Y corren mil aventuras
« Por agradarlas mejor;
« Y ellas viven en palacios,
« Y vagan por sus jardines,
« Y celebran con festines
« La ventura de su amor.

« ¡Oh! que ese hombre me lo ha dicho!
« Si, si, negros son mis ojos
« ¡Y esta toca me da enojos
« Y me hace fea tal vez!...
« Él me lo dijo ¡lisonja!
« Mas probemos, me la arranco :
« ¡Oh como el armiño blanco
« Mi pecho!... ¡blanca mi tez!

« Blancos mis brazos redondos,
« Mis mutilados cabellos

« Son de azabache... y en ellos
« Puesta aunque mal esta flor!...
« ¡Cuan bien me va!... ¡oh soy hermo-
« Y encerrada me consumo, [sa!...
« Y se pierden como el humo
« Mis dias de mas valor. »

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraída
Sintió su fé decaída,
Estéril su religion;
Y allá muy lejos del claustro
Perdido su pensamiento
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
Y Don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galán adormecida,
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella,
Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica aun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazón?
¿Y quién los medios esplica
Con que nos sale al encuentro
Ese amor que enciende dentro
E. volcan de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatar,
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de Don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

Y cayó : que en una noche
Por Don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

D. Juan. No hay mas medio, Margarita.
Margarita. Mañana pues.

D. Juan. Tanto monta
Un dia antes ; estad pronta.

Margarita. ¿Con que á las dos?

D. Juan. A las dos.

Margarita. Por el huerto.

D. Juan. Estaré á punto.

Traeré una escala pequeña

Y al dar las dos me hareis seña.

Margarita. Y haré cuanto os plazca á vos.

D. Juan. Pues á Dios.

Margarita. Idos tranquilo
A dormir y hasta meñana.

Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa Don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando,
Su posición meditando
Tal vez con algo de afán.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha :
« Pues, señor, es cosa hecha :
« ¡ Mas me ocurre una cuestion!
« Dineros... ¡ bah! tiene padre
« Dentro su alcoba una arquita
« Y há un año que la maldita
« Me está dando tentacion.

« ¡ Conque, Don Juan, no hay cuidado!
« Vendrá Dios y medraremos. »
Y asiendo los dos extremos
De la sábana á la par,
Con un movimiento rápido,
Se hundió Don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

IV.

¡ Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á ti se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora!
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares,

Nunca extraviado perderá la huella
Del *mas alla* que empieza en los altares.

Si, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos dias
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la virgen inocente;
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente
Siempre se ve brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Revienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza,
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Golgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira :
Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
« Vuestra madre mirad, » dijo muriendo,
« Esa de mi bondad última prenda,
« Si algun día verteis sincero llanto,
« Por vosotros pidiendo,
« Para salvaros del azar tremendo,
« Real protectora os tenderá su manto. »
Y á ti, madre amorosa,
Los tristes ojos con afán volvemos
En la airada tormenta procelosa,
En tí esperamos y en tu amor creemos,
Y á ti tornados á tus piés caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara,
Arrepentido al cabo ¿ á quien mostrara
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡ Ah! ¿ quién le comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Sino quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apinada niebla

El lento soplo de la blanda brisa?
¡ O dulce madre celestial y bella,
Feliz mil veces quien á ti se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora!
¡ Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por Don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla;
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viento, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan;
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado,
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos,
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Dó quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,
Dó quiera una sombra horrible
Nos descarría y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afan:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de Don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento:
Mas vago remordimiento
La roía el corazon,
Y recostada en su lecho,
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentacion.

De aquellos seres fingidos
Por Don Juan con la presencia
Se amedrentaba, en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingía entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su candidez.

Mas apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engañaban
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios

De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida,
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Media el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podría cruzar.

Tal vez sentía su nido
Dejar allí abandonado
Dó habria tal vez gozado
De su ventura mayor:
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave entonada
Salía desesperada
Sin mas norte que el azar,
Tal vez temía la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir,
Temía que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay, así estaba escrito!
De oculto sino impelida,
De su azarosa partida
La hora precisa llegó:
Llegó, y al fin Margarita
Que oído prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

Al corazon se la agolpan
Mil vagos remordimientos,
Mil vagos presentimientos
De incomprensible pavor,

Y en su creencia sencilla,
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho,
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caía,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

« ¡Qué noche! dijo espantada,
« ¡Si habrá Don Juan desistido! »
Mas percibiendo ruido
Por las tapias del jardin,
Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas: con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincon olvidado
Dó alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
Pasó en el claustro su vida,

A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imágen una,
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina,
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientras en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse,
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña agobiada
De soledad y fatiga
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponía
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imágen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar:

« Ya ves que al fin es preciso
 « Que deje yo tu convento,
 • Mas ya sabes que lo siento
 « ¡Oh Virgen mía! por tí.
 • Y puesto que de él sacarte
 « No puedo en mi compañía,
 « No me abandones, María,
 • Y no te olvides de mí.

« ¡Ojalá entre mis hermanas
 « Hubiera otra Margarita
 « Que con tu imagen bendita
 • Obrara como ella obró!
 « ¡Ojalá esta luz postrera
 « Que en esta noche te enciendo
 « Estuviera siempre ardiendo
 « Mientras te faltara yo!

« Mas ¡ay! ninguna te quiere
 « Como yo, y son mis angustias
 « Pensar que estas flores místicas
 « A tus pies se quedarán,
 « Y se apagará esa vela,
 « Se ajarán tus vestiduras,
 « Y los que pasen á oscuras
 « Tu hermosura no verán.

« Al fin yo parto, Señora;
 « Mi confianza en tí sabes,
 « En prueba toma esas llaves
 • Que conservo en mi poder.
 « Guárdalas: otra tornera
 « Elige á tu gusto ahora,
 « Y el cielo quiera, Señora,
 « Que nos volvamos á ver. »

Así Margarita hablando
 Con lágrimas en los ojos
 Ante la imagen de hinojos
 Los sacros pies la besó:
 Y dejándola las llaves
 Y encendiendo la bujía,
 Traspuso la galería,
 Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
 Por el farol alumbrado
 Que dejó al irse colgado
 Margarita en el altar,
 Y solo se oyó tras ella
 El rumor del aguacero
 Y el soplo del aire fiero
 Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
 Y al revolver una calle,
 Un mancebo de buen talle
 Y resuelto continente

Con otro dió que volviendo
 La esquina del otro lado
 Con él se quedó encarado
 Cual memoria de él haciendo.
 Y al fin ambos contemplándose,
 A poco reconocidos,
 Se abrazaron decididos,
 En tal coloquio trabándose.

D. Gonzalo. ¡Por vida mía! Don Juan,
 ¿Pues cómo en Valladolid?

D. Juan. De paso para Madrid.

D. Gonzalo. ¿A las fiestas?

D. Juan. Todos van.

D. Gonzalo. Mas falta un mes todavía.

D. Juan. Paréceme, Don Gonzalo,

Que llegar pronto no es malo:

Ya sabeis que es mi manía.

Dé quier que de diversion

Barrunto un ligero asomo,

Lo menos para ir me tomo

Un mes de anticipacion.

D. Gonzalo. ¿Y para qué tiempo tanto?

D. Juan. Si la funcion sale huera

Yo no me pierdo siquiera

Todo el mes que me adelanto.

D. Gonzalo. A fé que razon os sobra

Y á poder irme con vos...

D. Juan. ¿Teneis que hacer, vive Dios,

Mas que ponerlo por obra?

D. Gonzalo. Y mi tutor ¿qué dirá?

D. Juan. ¿Pensais que en este momento

Mi padre estará contento?

D. Gonzalo. Vos pues...

D. Juan. La pregunta está

De mas: mas ved que os aviso

Que si os venís á Madrid

Salir de Valladolid

Dentro de un hora es preciso.

D. Gonzalo. ¿Cosa es tan desesperada?

Yo nada tengo dispuesto.

D. Juan. ¡Por Dios que es grave pretexto

Jamás dispongo yo nada

Y logro cuanto deseo.

D. Gonzalo. Los medios que usais ignoro

D. Juan. ¡Busco un puñado de oro,

Tomo un jaco y Laus Deo!

D. Gonzalo. ¡Ya! jacos tengo yo dos,

Mas dineros...

D. Juan. ¡Grande afan!

Vended el uno á un chalan

Y echad en el otro vos.

D. Gonzalo. Dadlo por hecho.

D. Juan.

Atended,

Don Gonzalo, mejor fuera

Tomar un coche si hubiera.

D. Gonzalo. ¿Pues qué tiene su merced

Que le estorban los caballos?

D. Juan. ¿Qué sé yo? tengo una yegua
 Que apenas anda una legua....

D. Gonzalo. ¿Se resiente de los callos,
 Eh? pero como gustéis,
 Decision es lo que importa.

D. Juan. Pues la cuestion es muy corta,
 Mis dos caballos podeis
 Vender tambien y en una hora
 Yo tendré coche buscado,
 Pues va otro asiento ocupado.

D. Gonzalo. ¿Por quién?

D. Juan. Por una señora.

D. Gonzalo. ¿Hablarais para la noche,
 Cuerpo de tal!

D. Juan. Bien, pues, id,
 Y á las puertas de Madrid

Vos con oro y yo con coche

Dentro de un hora estaremos:

Mas no digais donde vamos,

Que somos dos y bastamos

Para ir como merecemos.

D. Gonzalo. Iré.

D. Juan. La hora cabal.

D. Gonzalo. Ya vereis mi rapidez:

Allí estoy fijo á las diez.

D. Juan. Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso
 Partieron á su destino
 Cada cual por su camino
 Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,
 Y en el tiempo que escolar
 Fué Don Juan para habitar,
 Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian
 Tan á fondo ambos á dos,
 Y el uno de el otro en pos
 Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser
 En demasia prolijo
 Que te imagines elijo
 Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes
 Que ambos de orillar tuvieron,
 Y el como se compusieron
 Para obrar tan diligentes,

Te aseguro que se ignora;
 Mas lo cierto de este asunto
 Es que estuvieron á punto
 Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló
 Y el coche les aguardaba,
 Y Don Gonzalo llegaba
 A quien Don Juan demandó:

D. Juan. ¿Qué hay, Don Gonzalo?

D. Gonzalo. Tomad.
 — ¿Cuanto?

— Sesenta doblones.

No pude de esos bribones

Conseguir mas caridad.

— ¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa

Que el número sea tan vil,

Yo traigo aqui mas de mil

Para ayuda de la empresa.

— Adelante pues.

— ¡Pues ea!

Mayorai, pica el ganado,

Que el viage será apreciado

Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
 Aprontaron el trasporte
 Y echaron hácia la corte
 De Olmedo por los pinares.

—
 Eran seis meses despues,
 Y trocada la fortuna
 Estaba ya para todos,
 Que todo el tiempo lo muda.
 Lanzados del mar del mundo
 Entre la corriente turbia
 Margarita, Don Gonzalo,
 Y Don Juan, los tres á una
 Las heces de los deleites
 Apuraban en hartura,
 Repletos hasta el hastío
 De sus delicias inmundas.
 Pasado habian las fiestas
 Que los reyes acostumbra
 A dar á sus pueblos cuando
 Su padre baja á la tumba.
 Fueron las que el Conde-Duque
 Dió á Felipe Cuarto muchas,
 Y ellos corrieron en ellas
 En brazos de la locura.
 Mas de su oro disipada
 La crecidísima suma,
 Harto Don Juan de la monja
 Que sus desvios acusa,
 Dudosa de los dos mozos
 La amistad, que poco dura
 Entre quien de ella pagándose
 Inconsiderado abusa,
 Del porvenir de los tres
 El horizonte se anubla
 Y la discordia fermenta
 Dentro sus almas oculta.
 Y tantas nubes preñadas
 De descontento se agrupan
 Que está la tormenta proxima
 A desatarse con furia

Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
; Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo, que debiera
Mirar de Don Juan la mucha
Generosidad, mostrándole
Ciega confianza mutua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le da parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque Don Juan no se cura
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y Don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas,
Pretestos busca á sus solas
Para afean su conducta.
Que es Don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:
Discolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Entre aquestos dos espíritus
Maléficos que la turban,
Margarita el hondo cáliz
De las desdichas apura.
Margarita que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
¡Mal mariposa perdida
Por el aura, que perfuman
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolia profunda,
Y uno tras otro sus días
En el pesar se sepultan.
Y ve sus mil ilusiones

Que al precipicio se agrupan
Del abismo de la nada,
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

« ¿En dónde están (se decía)
« Los sueños de mi ventura?
« ¡Aquel pais encantado
« Que exento estaba de angustias,
« Cuadro espléndido y magnífico
« Con una sola figura,
« Que era ese Don Juan que ahora
« Duelos sobre mí acumula!
« ¿Porqué le he creído ¡necia!
« Porqué le he creído nunca?
« ¿Qué he encontrado yo en sus brazos
« Sino ficción y locura?
« ¿Qué me ha dado en sus caricias
« A beber mas que cicuta?
« ¿Qué espero de sus promesas
« Sino que jamás se cumplan?
« Arrastrada entre sus vicios,
« Y entre sus orgías impuras,
« Su amor me devora el alma
« ¡Y él se harta de mi hermosura!
« Sí, por otro amor me deja
« Encerrada en esta oculta
« Mansion, mientras él va ciego
« Tras de quien su amor rehusa,
« Tras esa beldad vendida,
« Que abre á la codicia pública
« Sus gracias, para que vaya
« A hozar en ellas la chusma;
« Y cuyos torpes aplausos
« La envilecen y la ensucian,
« Pues la apellidan á un tiempo
« Celestial y prostituta.
« ¡Ah! los celos me devoran,
« La envidia, el odio me abruma.
« ¡Yo le amo!... y es imposible
« Que su indiferencia sufra.
« El me sedujo; él mis ojos
« Abrió á la luz de la culpa;
« Yo era una pobre inocente,
« Mi alma era cándida y pura,
« Sus palabras me eran dulces
« Como una lejana música,
« Mas ardientes que un volcan
« Y mas que una lanza agudas,
« ¿Qué hiciera yo mas que oírse las
« Con idolatría estúpida?
« ¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
« A mi sencillez inculca
« Y á mi inocencia del claustro?
« ¿Quién amansará la furia

« De este amor y esta conciencia,
« Que para herirme se juntan? »

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque Don Juan la abandona,
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
Su pasion, entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas la lucha
Con su virtud empeñaba,
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ansias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazon,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos,
A sus placeres renuncia.
Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía escusa,
Y ella acosada de celos,
Y herida de sus repulsas
Sus pensamientos acecha,
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los pies le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no la agradece nunca,
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto Don Gonzalo,
Que calla, mira y escucha,
Cobra hastio de Don Juan,
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y en fortunas:
Y él tiene, mas que le pese,

Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera:
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
De calentura amorosa
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante Diosa
Mostrábele como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuando á una cuarta sin tino
Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras,
Pues se cambió de repente:
Y él, que jamás la malogra,
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona.
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,

Y Don Juan que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras :
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin Don Juan, satisfecho
De fortuna tan dichosa,
Se alzó, asomando á sus labios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta
Y devolviendo las joyas
Tomó la puerta en silencio ;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

« Todo lo puede el dinero, »
Dijo en la calle á sus solas,
« Lo que al valor no se rinde
« Con la riqueza se compra.
« Veremos pues si con oros
« Hacemos mas que con horas. »
Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró : mas era otra.
Su intencion que la de oír,
Porque concluida toda,
Fué al vestuario, y con maña
Llamando á parte á una moza
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma :
« Toma esos ocho doblones
« Y á esa Sirena engañosa
« A quien sirves, si te estimas,
« Dirás lo que aquí me oigas.
« Y es : que hay un noble extranjero
« Que, al verla tan seductora,
« Volver no quiere á su patria
« Sin un adiós de su boca.
« Que si mañana en su casa
« Cenar con él no la enoja
« En presencia de un amigo
« Y de una fiel servidora,
« Recibirá mil doblones
« Para recuerdo de la honra.
« Conque olvidarte procura
« De que yo soy la persona
« Que irá á cenar, y no olvides
« Que el amigo será un mómia,

« Que tú serás quien nos sirva,
« Y que por cuenta redonda
« Bien te dará cien doblones
« Quien la da doscientas onzas. »

Y así acabando Don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte añadiendo bajo :
« Hasta mañana á estas horas. »

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso Don Juan
Se hundía como una sombra.
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento
Y enderredor de una mesa
De viandas exquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre Don Gonzalo
Y Don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para Don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia ;
Que perla y coral con arte,
Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de voz mas seductora,
Ni en los encantos mas diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su proge
Maldito lo que interesa ;
Porque ella es cosa lindísima,
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas,
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,

Cambió de copa Don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual respuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

Sirena. Buen cazador sois, Don Juan.
D. Juan. Y vos excelente pieza.
Sirena. ¿ Siguiérais mucho la pista?
D. Juan. Hasta hallar la madriguera.
Sirena. ¿ Y si era falsa la boca?
D. Juan. Yo atinara con la cierta.
Sirena. ¿ Y si salir no queria?
D. Juan. Yo me pondria en espera.
Sirena. ¿ Por empeño?
D. Juan. Por empeño.
Sirena. ¿ Y durara?
D. Juan. Hasta cogerla.
Sirena. Figuraos pues que asoma.
D. Juan. Me preparo.
Sirena. ¿ Y si se entrega?
D. Juan. Tiendo la maño y la cojo.
Sirena. ¿ Y si muerde?
D. Juan. Norabuena,
Sóbrame á mi mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.
Sirena. Brindad pues y olvidad eso.
D. Juan. ¡ A su orgullo!
Sirena. ¡ A su obediencia!
D. Juan. Espera ¿ quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?
Sirena. El amor está vencido.
D. Juan. ¿ Y la encantadora?
Sirena. Muerta.
D. Juan. En ese caso, alma mía,
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas,
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe Don Juan sin cuidado,
Que el vino jamás le altera ;
Bebe Don Gonzalo poco,
Mas se turba su cabeza ;
Y sus manos hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la órgia sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata,
Y entre el són de las botellas
Crujen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.

Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piecitos
Tan menudos que, á no verla
Usarlos tan fácilmente,
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenar
En compañía algo libre
Alarcon y su colega ;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

Sirena. ¿ Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no erais ?
D. Juan. Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al són de tu fama
Mas fácil te envaneceiras.

Sirena. ¿ Y á qué fingiros tan pobre,
Dueño de tantas riquezas?

D. Juan. Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compraran mis monedas.

Sirena. Quiere decir que de dos
Mal os salió una experiencia.

D. Juan. Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

Sirena. Pero ella saltó por una.

D. Juan. Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

Sirena. Quiere decir...
D. Juan. Te equivocas,

La interpretacion es esta :
Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia :
Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia,
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordíndose
La bailarina la lengua,

De amor loco está Don Juan,
 Prendada de él está ella,
 Don Gonzalo bebe y toma
 La callada por respuesta.
 Don Juan improvisa y canta,
 Y al compás de su vihuela
 Gira en danza voluptuosa
 La bellísima Sirena,
 Y en su sillón Don Gonzalo,
 Sentado y tendido á medias,
 Como una sombra fantástica
 Embebido la contempla.
 Ella, sutil como el aire
 Y como el aire ligera,
 Gira enredor, pasa y huye
 Como aparición risueña.
 Flota su falda plegada,
 Sus cabellos se destrenzan,
 Radian sus ojos ardientes
 Luz mas viva á cada vuelta,
 Y cuanto del baile rápido
 Mas los círculos estrecha,
 Mas los mágicos hechizos
 De sus perfecciones muestra :
 Y el velo con que sus manos
 Primorosamente juegan
 La variedad de sus formas
 Y sus encantos aumenta.
 Y segun rápidamente
 Le recoge ó le desplega,
 Le anuda, enlaza y con él,
 O se cubre, ó se rodea,
 La alegoría que finge
 Graciosamente renueva.
 Ya es una Náyade errante;
 Ya una Venus hechicera,
 Ya la Aurora fugitiva
 Flores derramando y perlas,
 Ya el Iris tornasolado
 Y ya la Fortuna inquieta.
 Y su flotante figura
 En el ambiente deshecha,
 Confundidos sus contornos
 Por su rapidez aérea,
 Ante los ojos parece
 Mágica ilusión que vuela,
 Sobre el rumor que producen
 Sus vestiduras de seda
 Y el perfume que despiden,
 A merced del aire sueltas,
 Cuando en los muebles pasando
 Ligerísimos tropiezan.
 Y gira y cruza y resbala
 Y los sentidos no aciertan
 Si de ello nace su impulso
 O el aire sutil la lleva.
 Hasta que al fin fatigada
 Sobre un almohadon se sienta,

Mas seductora que nunca
 Y mas que nunca halagüena.
 Y mientras Don Juan de besos
 Y de caricias la llena,
 Don Gonzalo les apiaude
 Trastornada la cabeza.
 « Bravo, exclamó, solo falta
 Margarita. » — A cuya necia
 Exclamacion levántose
 Como una tigre Sirena,
 Y con Don Juan encarándose,
 Desencajada y colérica,
 « ¿Quién es esa Margarita? »
 Le dijo de rabia trémula.
 Quedóse un punto Don Juan,
 Sin acertar la imprudencia,
 A componer á su amigo,
 Quien á carcajada suelta,
 Sin ver el fuego que atiza,
 Les añadió por respuesta :
 « ¡A fé que es linda muchacha!
 « Y ahora que se me acuerda,
 « Pues en casa estará sola
 « Su compañía me peta. »
 Y asíó su capa esto dicho,
 Corroborando la idea.
 « Gonzalo, exclamó Don Juan,
 A no mirar que la lengua
 Os entorpece el Jerez,
 Ya os encontrarais sin ella.
 — Pues os digo que me agrada,
 Y pues su merced la deja,
 Pido, como prenda antigua,
 Para tomarla licencia.
 — Eso sí, si la pedis,
 Llevaosla norabuena,
 Mas cuando al fin os fastidie
 A su convento volvedla.
 — ¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
 Tengo yo una hermana lega
 En un convento metida
 Para birlarla una herencia,
 Y aunque en mi vida la he visto,
 Solo por recuerdo de ella
 Lo haré como lo decís.
 ¿Y á qué convento?
 — A Palencia
 Y á las monjas de Jesus
 De donde es.
 — ¡Jesus me tenga!
 — ¡Calla! ¿qué os da, Don Gonzalo?
 — Decidme por vida vuestra,
 Don Juan, ¿cual es su apellido?
 — Cosa, Don Gonzalo, es esa.
 Que jamás la he preguntado.
 Mas ¡voto vá!... ¡lance fuera!
 ¿No es Bustos vuestro apellido?

VIII.

— Si.
 — Pues Bustos es el de ella. »

Quedó tal oyendo Bustos
 Inmóvil como una piedra
 Y en carcajada ruidosa
 Rompió la infame Sirena.
 Siguióla Don Juan á poco,
 Diciendo : « ¡Cosa como ella!
 ¿Quién demonios lo pensara?
 Pero en fin ya es cosa hecha, »
 Y dobló las carcajadas
 Con la bailarina, mientras
 De Don Gonzalo se iban
 Coordinando las ideas.
 El vapor al fin de la órgia
 Disipado con la fuerza
 De su deshonra, arrojóse
 Sobre Don Juan con fiereza,
 Mas sentóle este los puños
 En el pecho, y con la mesa,
 La lámpara y la vajilla
 Vino Don Gonzalo á tierra.
 La bailarina se puso
 Por medio de ellos resuelta,
 Diciendo á tiempo : « ¡Señores,
 Que están en mi casa vean!
 — Don Juan, á la calle vamos.
 — Vamos, Don Gonzalo, fuera,
 Que es cosa que ya no tiene
 Mejor compostura que esa. »
 Alborotóse la casa,
 Hubo lágrimas y quejas,
 Y el aposento asaltaron
 Los pages y las doncellas.
 Mas Don Juan les tuvo á rayo,
 Añadiendo con firmeza :
 « ¡Atrás, canalla! y silencio :
 Y tú, amiga, ten paciencia,
 Que como escape con vida,
 Volveré cuanto antes pueda.
 — Si sois valiente, Don Juan,
 Cuando gustéis dad la vuelta.
 — Advierte que no te pido
 Ni consejos ni licencia,
 Que yo te sigo la pista
 Por voluntad ó por fuerza.
 — Pues volved sin compañía
 Y encerrad á la manceba.
 — Ten esa lengua de vibora
 Y no te pases en cuenta,
 Que de rendirse á venderse
 Hay una distancia inmensa. »
 Y así diciendo Don Juan,
 Tiró un bolsillo en la mesa,
 Y dejó el puesto encajándose
 El sombrero hasta las cejas.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
 Próximo estaba á despuntar el día,
 El viento resonaba tristemente
 Y áspera lluvia gotear se oía.
 Y la noche pasaba
 Y Margarita en soledad lloraba
 La ausencia de Don Juan que no venía
 Entreabierta tenia su ventana
 La enamorada niña
 Con la esperanza vana
 De sentirle mejor cuando volviera,
 Y oyendo sus pisadas desde lejos,
 Y alcanzándole á ver con los reflejos
 De un vecino farol presto le abriera;
 Y al conservado fuego se enjugara,
 Y los húmedos miembros arrecidos
 Al calor agradable restaurara.
 Mas en vano á la reja
 Al percibir pisadas acudia,
 En vano por la lóbrega calleja
 Los tristes ojos con afan tendía;
 Muchos alguna vez por ella entraban,
 Y unos riendo y otros disputando,
 Huyendo unos tal vez y otros cantando,
 Pasar bajo su reja los veía,
 Mas de ella á largos pasos se alejaban
 Y con ellos Don Juan nunca venía.
 Hundida la infeliz en su abandono,
 Suspiraba de amor por quien la olvidaba,
 Por quien su amor pospone y su ternura
 A una caricia sin pudor vendida
 De la insolente bailarina impura.
 ¡Ay pobre Margarita! tú sentada
 Bajo la reja espesa
 Aguardas á Don Juan desesperada,
 De dolorosos pensamientos presa;
 Tu amor por él de suspirar no cesa,
 ¡Y ojalá no volviera, desdichada!
 Pero ya acelerados
 Pasos de alguno al fin se percibieron,
 Cuanto próximos mas precipitados,
 Y mas cercanos cada vez se oyeron,
 Y por la calle oscura
 Vió Margarita un hombre que se entraba,
 Cuya negra figura
 Ante su misma puerta se paraba.
 « El es, » dijo bajando, y no mentaba,
 Que era en verdad Don Juan el que venía.
 El era, sí, por el cruzado embozo
 Asomando el semblante macilento
 Con ceño torvo y fatigado aliento,
 Cubierta de sudor la osada frente,
 Y empuñando el acero refulgente
 Hasta el torcido gavilan sangriento.
 « ¡Dios mio! » dijo al verle Margarita,
 Mas con planta ligera